

A LA LETRA

BIBLIOTECA PERSONAL

I/IV



BÁRBARA JACOBS Soy dueña de por lo menos tres bibliotecas personales, la de los libros que poseo físicamente, la de los que leí y por mil razones no guardé y la de los que quiero leer o aunque sea sólo tener pero que no he encontrado todavía. También, la de los libros sobre los que he oído o leído tanto que me parece que yo misma ya los leí. Pero quizá de los únicos sin los que de verdad prácticamente no podría vivir fueran los diccionarios, de todo tipo. Los consulto y además me entretienen porque despiertan mi imaginación y ponen a prueba mis conocimientos. Algún día me gustaría cumplir con mi sueño de leer alguno de ellos íntegramente, de la primera página a la última, pero me temo que la lectura me estimularía tanto que la interrumpiría y me pondría a escribir, con lo cual entonces no acabaría de leer el diccionario nunca.

Creo que es más valioso ser un buen lector que dueño de la mejor biblioteca. A mí no me fue fácil ni aprender a leer ni tomarle gusto a la lectura, y pienso que esto fue así porque antes que lectora lo que innatamente soy es soñadora. Soy una soñadora natural y, debido a esto, en mis pinitos de lectora

huecos mágicos o diabólicos que aterrorizan a la gente en general, a los papás para poder introducirles pavor a los niños, a los filósofos para tener con qué hacer pensar a los papás. Hoyos negros o fondo del mar; en todo caso, lugares o vacíos succionadores y cosmológicos que una vez que te atrapan no te sueltan jamás. El mar atrapó

digamos, de 15 por 15 centímetros; nada grueso, quizá de diez páginas; con tapas duras. Estaba ilustrado a todo color. El relato trataba de la llegada a una familia de un nuevo hijo, y formativamente estaba dirigido a los otros hijos, el o los que hubieran llegado a la familia antes que él. Una tía o tía abuela de estos niños, la hermana

DE NIÑA ME PARECÍA QUE LOS LIBROS ERAN LO QUE DE ADULTA ME PARECE ENTENDER QUE SON LOS HOYOS NEGROS DE LOS QUE HABLAN LOS FÍSICOS Y LOS ASTRÓNOMOS Y QUE LOS ASTRONAUTAS AFIRMAN OBSERVAR

al estar leyendo o procurando leer, un impulso o instinto me distraía de la lectura y me impedía concentrarme en ella, adentrarme en mundos diferentes de los de mis propios sueños y, al penetrar los ajenos, arriesgarme de paso a perder los propios. En otras palabras, tal vez de nacimiento también fuera miedosa, no porque me asustara o me fuera a asustar lo que leyera, sino porque temía que el libro me succionara y luego yo ya no pudiera salir de su pozo y regresar a dondequiera que fuera donde me encontrara, la realidad, el presente, la vida o comoquiera que se llame el espacio temporal en el que a los seres vivos nos corresponde existir. Lo que revelo con estas confidencias parece una locura, pero es la verdad.

De niña me parecía que los libros eran lo que de adulta me parece entender que son los hoyos negros de los que hablan los físicos y los astrónomos y que los astronautas afirman observar. Bueno, esos

una isla completa en el Atlántico llamada precisamente Atlántida, aunque hace poco me enteré de que este dato, que a partir de Platón ha inspirado innumerables relatos legendarios, es sólo hipotético, cosa que a estas alturas a mí me resulta tan decepcionante que me resisto a aceptar.

Finalmente, a todo esto en mi memoria existe un libro que estoy casi segura de que fue el primero que leí, el que me quitó el miedo a perderme en su succión y, en cambio, me indujo a fusionarlo con mis propios sueños. Cuando pienso en él me siento muy bien, como si tantos años después de haberlo leído evocar lo reviviera lo que en su momento leerlo me hizo sentir. A veces su recuerdo me viene solo, o a veces, cuando me preguntan qué libro me convirtió en lectora o hasta en escritora, en el que pienso aunque no lo diga es en él.

Era un cuento para niños, editado en un formato de libro cuadrado, de tamaño pequeño,

de alguno de los padres o de los abuelos, había viajado en tren de una ciudad a otra explícitamente para cuidar a estos desamparados y hacerse cargo del hogar mientras los papás regresaban a casa con el hermano recién nacido. Lo habían ido a buscar a lo que en mi tempranísima lectura me representé como una especie de aeropuerto de cigüeñas.

Gracias a las imágenes que acompañaban la narración, tengo muy presente el abrigo de la tía, su sombrero y hasta su porte al atravesar la puerta y presentarse, con una sonrisa y una maleta, ante sus boquiabiertos y expectantes sobrinos en el vestíbulo de la casa. Y me veo a mí misma sentada sobre la alfombra, frente a la chimenea del saloncito a la entrada de mi casa de familia, viendo y leyendo aquel libro de tipo de letra grande y negra, que sostenía en las manos apoyadas encima de una mesa baja de forma oval que a su vez forma parte de los recuerdos inseparables

de mis primeros años. El abrigo y el sombrero eran del mismo tono café que la mesa ovalada de madera a la que me refiero.

En mi biblioteca física, desafortunadamente y entre otros éste es uno de los libros que no tengo. Para mayor desgracia, ni siquiera sé quién lo escribió, quién lo ilustró, quién lo publicó ni, tampoco, cuál

había libros, apilados unos sobre otros, en especial sobre la mesa a la izquierda del sillón favorito de mi papá o encima del buró de su lado de la cama, en donde además había periódicos, cuadernillos, revistas. Los libros de ensayo que mi papá leía eran de historia y de política, y los de ficción eran novelas de intriga y espionaje. Mi mamá

Lugones, así como algunas de las novelas de Jane Austen y, por supuesto, *Mujercitas*, de Louisa May Alcott. De mi otra abuela, recibí una antología ilustrada de libretos de cien óperas y nada menos que *Walden, o la vida en los bosques*, de Henry David Thoreau (1817-1862), el escritor estadounidense que, por negarse a pagar impuestos en

MIS DOS ABUELAS A SU VEZ FUERON LECTORAS Y YO ESTUVE MUY CERCA DE ELLAS. DE LA MATERNA, HEREDÉ... ALGUNAS DE LAS NOVELAS DE JANE AUSTEN... DE MI OTRA ABUELA, WALDEN, O LA VIDA EN LOS BOSQUES...

era su título. Tendría que admitir entonces que el libro iniciático, el que más me marcó, no sé ni de cuántas maneras, pero que para mí ha resultado trascendente, inolvidable y fundamental, es un libro tan improbable que se presta a pasar por falso, inexistente salvo en calidad de fantasía de mi imaginación. Un dato más que añadir a esta paradójica remembranza o factible invención es que el breve texto estaba escrito en inglés. Y una deducción, estricta y lógica: Dado que los hermanos que me siguen son dos, cuatro y seis años menores que yo, cuando entré en contacto con este libro del que hablo yo no podía tener menos de dos años, pero tampoco más de seis.

En el pequeño salón en el que yo leía el libro del que hablo, en la pared opuesta a la chimenea y enmarcándola, había librerías de madera gris con hilera tras hilera de libros apretujados. En otros lugares de la casa igualmente

también leía, en particular libros de religión, o que lo parecieran, y de cocina, aunque en determinada ocasión extraje de un baúl los libros que ella había leído de soltera y me los regaló a mí cuando vio que me inclinaba por leer y por escribir.

Estos libros de la juventud lectora de mamá eran apenas unos cuantos, pero, a medida que afiancé mi inclinación hacia las letras, se fueron convirtiendo en algunas de las lecturas que más he apreciado. Entre otros, se trata por ejemplo de las *Confesiones* de San Agustín, *Mi vida*, de Santa Teresa, *Don Quijote*, las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau y de una antología del poeta inglés Alfred Tennyson.

Mis dos abuelas a su vez fueron lectoras y yo estuve muy cerca de ellas. De la materna, heredé ejemplares sueltos de la revista argentina *Para ti*, con colaboraciones de autores como Jorge Luis Borges y Leopoldo

protesta contra la intervención de su país en México a mediados del siglo XIX, pasó una noche preso en la cárcel de Concord, Massachusetts.

La biblioteca íntegra de mi padre, más, entre otros, estos títulos que cito, materialmente los mismos ejemplares que pertenecieron a mis padres y abuelos, ocupan una parte de mi biblioteca personal, al lado de otra en la que conservo unos cuantos almanaques que mi abuelo materno valoraba de forma particular, si bien en una categoría distinta de la que concedía a la obra de su popular paisano, el místico, poeta, dramaturgo y artista libanés Gibrán Kahlil Gibrán (1883-1921; ciudadano estadounidense a partir de 1910), cuya literatura inicial él leía en el árabe original, pero cuyas primeras traducciones al español, del árabe o del inglés, que son las que yo poseo, él contribuyó a patrocinar según consta en su página legal 🌸